Precios de suscripción

En la capital, al mes una peseta: fuera cuatro pesetas trimestre.

Anuncios y comunicados á precios convencionales. Pago adelantado.

NUMEROS SUELTOS, 5 CÉNTIMOS
ATRASADOS 10

Las Provincias de Levante

Paquetes para la venta, á 0'75 pesetas mano de 25 ejemplares.

Toda la correspondencia administrativa se dirigirá al administrador

D. Mateo Seiquer Almela
Crédito Público, 1

No se devuelven los originales.

Año XV.-Núm. 4314 | Murcia 21 de Febrero de 1900 | Tres ediciones diarias

Actualidades

La situación política.—El parlamento.

Las impresiones políticas que el telégrafo trasmite—con retraso—esta madrugada, indican que el gobierno y las minorías no han llegado á un acuerdo en materia de presupuestos.

Este accidente que puede ser pasagero, complica la situación política y dificulta la función gubernamental.

No sale, aunque lo pretende, nuestra ciega política de aquellos antiguos moldes que la hacen poderosa para lo negativo y débil para realizar fecundas reformas, que le conquistarian aplausos y adhesiones en la opinión pública.

No ha tenido el Ministro de Hacienda todo el acierto que él deseaba para el difícil problema de restaurar la hacienda pública desquiciada; pero las oposiciones con su conducta vienen demostrando que viven más atentas á sus egoismos que á las conveniencias de la patria.

Se ha visto ya que por un acta, por cualquiera merced ó concesión del gobierno, acentuan las minorías su benevolencia, mientras que una petición no atendida les inclina á combatir con exageración.

El país lo vé y lo lamenta, por que él sufre las consecuencias.

—

Las graves dificultades que suscita nuestro parlamento en las funciones constitucionales que le están encomendadas, hacen pensar en necesarias reformas.

Se está demostrando el triste caso de que bastan dos ó tres diputados para entorpecer y aún esterilizar las tareas legislativas.

Para las grandes reformas que el país anhela se necesita el concurso del parlamento; y ya se vé el triste espectáculo que ofrece á la nación con su oratoria rutinaria y con su obstruccionismo dañoso.

Hasta hoy se ha pensado solamente en reformar la ley electoral para que los comicios sean una verdad; ahora habrá que aspirar á la reforma del parlamento, cuya esterilidad vá siendo tan notoria.

—

En Madrid, preocupados y encendidos con la política al día, no se preocupan de estos problemas ni hacen caso para nada de la opinión y de las necesidades de las provincias, dormidas ó aletargadas por su ignorancia y por su pereza.

Mientras que allí conferencian las minorías con el gobierno, sobre las intrigas parlamentarias, no se discuten los proyectos de ley beneficiosos á la nación para el desarrollo de la riqueza pública.

Y así vamos pasando el tiempo y el tiempo derrochado en la esterilidad y el abandono, vá contra la regeneración verdadera á que aspira todo buen español.

MADRID AL DIA

La alcaldía-presidencia del Excmo. Ayuntamiento de esta villa y corte ha dado ya á luz el programa de los festejos que hemos de disfrutar los vecinos de Madrid en los próximos carnavales. No hay, en realidad, en ese programa cosa digna de llamar la atención; está cortado por el patrón del de el Conde de Romanones, de hace dos años, cuando aquí nos divertiamos á todo trapo mientras caían á centenares mal heridos nuestros soldados en las maniguas de la ingrata Cuba.

Hay, sin embargo, una novedad que habla muy alto en pró de las dotes previsoras del Marqués de Aguilar de Campóo; si se aguan las fiestas los dias que están anunciadas no habrá por qué apurarse, porque se verificarán en los sucesivos; si llueve el domingo el lunes, y si el lunes el martes y así hasta apurar una semana y empezar con la siguiente, enlazando, si es preciso, el domingo *gordo* de carnestolendas con el domingo flaco de *Pasion*...

Es lástima que nuestros políticos no apliquen á la regeneración del país las mismas tenacidad, constancia y previsión que aplica á las bullanguerías carnavalescas el Marqués de Aguilar; es sensible que no perseveren en la obra regeneradora con el empeño de acometerla mañana, si es que es imposible hoy, ó al dia siguiente si es que no pudo realizarse el dia anterior, pero no se hace eso, y el más insignificante nublado ó la más ligera llovizna basta para aplazar y dilatar indefinidamente lo que en rigor no consiente aplazamientos ni dilaciones.

Vivimos sometidos á todos los imperios, y muy especialmente al imperio de la gárrula charlatanería parlamentaria y no queremos someternos al único imperio justo, legítimo, necesario, al imperio de las buenas obras ya que por tantos años venimos padeciendo el régimen de las buenas palabras. Silvela dijo en cierta ocasión, no recuerdo si bajo las bambalinas del teatro de la Alhambra ó bajo los árboles frondosos del parque de Liniers, que estaba dispuesto á hacer política redentora, aun cuando entre las zarzas del camino tuviera que dejar trozos de su piel y pedazos de su carne.

Hasta ahora, pese á los buenos propósitos y mejores intenciones del presidente, no han dejado él y sus compañeros más que piltrafas retóricas y trozos oratorios... Así pasan los dias y los meses, hoy por el calor, por el frio mañana; ahora por las intransigencias de Villaverde, luego por las intransigencias de las minorias, diciendo los ministeriales que así, con tanto discurso no se puede gobernar, diciendo las oposiciones que así, con tanta *estratagema*, no se puede ir á ninguna parte. Y en tanto se dá lugar á que se afirme cada dia más la convicción de que por las puerta del parlamento no entra el aire puro de la calle ni tienen acceso las aspiraciones legítimas de los que á la vista de tantos males suspiran con razón por los medios de una acción enérgica y salvadora.

PEÑAFLOR.

20-2-1900.

AL ESTILO DE MI TIERRA

A D. Grabiel er de las Provincias en su mesma mano

Sin ná de debujos ni retólicas en preguntalle por la salú, ni tenelle que icir llo abora tamién si la mía es güena ó mala, que tuiquias esas cosas no son más que andulemas cacen perder er tiempo y al remate no icen ná, voy á desplicalle er motigo que me obliga á delegille la presente, pa que como presona que es osté de tanta destrución, precure echalme una mano pa poer salir á un lao del atollaero en que me encuentro metío.

Mi amo D. José, que yá sabrá osté tié más arbullo que Carlomano en la horca, asín como fegura drentro de la zudiá siendo destenguío en toas las runiones de presonas mallolmente, quió tamién fegural por mi conconduto aquí en er partío, de ande yo vengo (que sió los años) siendo su arrendaor, porque sin contal con naide y en derechura de su cabeza, ha empeñao toos los influgios que traiba con el deputao der destrito, y ma nombrao arcarde perraneo der mesmo partío.

Lla se yo, D. Grabiel, que pa osté no inquivale esa noticia, y que sabrá osté queao más fresco que estaría nuestro paere Adán cuando andaba esnuo. Pero tocante á mi presona, no sé lo que me se metió en comedio der colodrillo diquia er memento mesmo que Bartolo, er bebé del Ayuntamiento, me trujo la sopa ensalá filmá por el arcarde prencipal, y que como no me se sarga cuanti antes lo que quiá que sea, será cosa de golverme loco rematao, sino m'entra posterior angún alacrán que no haya presona que me lo colte y arremato por hacer boca é títere.

Tó esto, don Grabiel, no es por ná, manque yó compriendo que soy mu ese pa arcarde, y no sé como man metio á mí á presona de justicia sin saber ni una palotá de ná pa poello ser; y lo que más me indina es, que hay aquí lao por lao del partio un tio Antón Boliche que sabe más que un abogao desos que libertan á los creminales, y está mu fotinchao porque tié munchas conocencias con toas las presonas de la casa de los brilletes y se ha ejao icir por su mesma boca dél, que está esperando que alleguen las Carrestuliendas y el entierro é la sardina pa reirse de mí y tocarme la caracola en mi mesma trompa, asín como á moa á burla.

Pus bién, don Grabiel: Manque m' esté mal el dicillo, cuando llo fi al selvicio melital, aprendí á letreal dista que pasé el salabario, de corrio y sarticao, y abora m' aliño llo á mi moo, y en el ratiquio de vaga que me eja el cudio de los alimales, leo el periódico imprentao por osté mesmo, y por ande llo m' hallo enterao de el talento que hay metío en el celebro de la cabeza, pos sin eso ni habría expunción de Floriablanca, ni intierro e la sardina, ni tiroteo de flores, ni ná que juera dino de acarreal aquí dista la mesma Reina, lo cual que man dicho que tamién quié traerse al hijo, asin como su agüela trujo á su paere. Y to eso naide es capar de meneallo ni llevar metío dentro e la mollera der sentío tanto gallomatías de cosas, na más que osté, por lo que bién puedee star arbulloso de ostémesmo que con muncho menos hay una parvá de científicos que pueden servir dista pa menistros.... según se desplican.

Por eso, cuando juí sabeor de las sobarbás der tío Boliche y pensé en osté, paece que me entró un león drentro del cuelpo y me reiba de busto. Porque osté sabe lo cortiquio que llo soy, y manque osté no tiene curpa de que llo sea un cepa mesmamente, tampoco vá osté á premetir que la autoriá de mi presona sea destrujá por el suelo como quisiá el tio Antón.

¿Cai cacer? Ná. Me enjareta osté con too el ese del busilis que se mereja la cuestión, un bando ó soflama, igualiquio que si osté mesmo juera el perraneo, y sin que naide güela ni media palabra de ná, llo me lujo, asín como er que no hace la cosa, en reor de toos mis avecinaos, y er tío Boliche entoces, cuando me oya desplicarme como si juera la persona de un Gobernaor, se queará así, (aquí el letor abre to lo que puea la boca, pa fegural como la pondrá er tio Antón) y más menúo que la simiente der busano.

Y llo, por to eso, le ofrejo á osté por la salú de los zagales de mi casa, que es lo que más estima en er mundo un güen paere, las primeras brevas que eche la higuera floral que tengo en el cornijal de la erecha der bancal donde están abora las lechubas, que son tan güenas y tan melosas que las ha de adoral osté como si jueran relicas.

Y arremato ya, D. Grabiel, iciéndole: que como no poemos devitar un destravío en el correo, pos muchas veces san remanecio prejuicios de mucho ese por efleuto de la mala delición ú por otra custión cualsiquiera, pa no tener regomello nenguno en que se estraluja naica de lo que ambos dos llevamos entre manos, le enremito á osté la presente con er dador d' ella mesmamente, que como es primo mu allegao de la mujer de mi casa y er probetiquio es güeno dista ejárselo sobrao, no hay cudiao denguno de que entriegue la carta á otra presona que no sea osté mesmo, pà lo que ya vá prefetamente destruio.

Desimule osté la mala letra, y sepa que es el amo de esta probe choza ande quea á su desposición este que le b. la m.

Perete er Pintao.

POLDATA.—Las endiciales del remate, me afijé en ellas en una junción de 3 perriquias que vide en la casa de las comedias del treato quemao, y quieren icir que le besa la mano. Se lo desplico por si se fegurara osté que icia argo malo.

COSAS

El Cinematógrafo

Los vecinos de la plaza de Julián Romea se habían quedado tristes, muy tristes, por dos motivos muy justificados.

Consistía uno en haber visto arder el teatro, cuyas ruinas aun dá pena contemplar, y el otro en la desanimación que, sobre todo por las noches, reinaba en aquella plaza, tan iluminada y tan concurrida antes en las temporadas en que el incendiado coliseo estaba abierto.

Pero el tiempo á todos consuela.

La animación ha vuelto á sentar sus reales en aquella plaza, gracias á la instalación de un cinematógrafo en un elegante pabellón que se ha habilitado en la misma (con permiso de la autoridad competente).

Desde las siete de la noche hasta las doce, que son las horas de función, numeroso público contempla el pabellón por sus cuatro costados, no faltando curiosos que miren por las uniones de las tablas con el fin de ver lo que por dentro pasa, sin que les cueste más que el trabajo de mirar.

Por fortuna para el dueño y para tormento de los curiosos, desde fuera no se vé nada. ¡Pues eso faltaba!

Un organillo que hay en la puerta toca una vez y otra y otra; y cuando él cesa se oye la música que en el interior ameniza las funciones.

No puede darse más animación ni más música.

Dios ha venido á ver á los vecinos de la plaza de Julián Romea; pero como la condición humana es tan pícara, no tendrá nada de extraño que ahora se quejen, si nó de la mucha animación, por lo menos de la contínua música que forzosamente tienen que oir.

Pero ya se acostumbrarán á oirla como quien oye llover.

Porque el cinematógrafo funcionará hasta que no pasen las fiestas de Abril.

De modo que hay *serelata* para rato.

HERNÁN GIL.

DE MADRID

IMPRESIONES POLÍTICAS

20 Febrero 1900.

Nadie crée en los furores de la oposición parlamentaria. Como indicaba yo ayer, el rompimiento de las negociaciones entre el Gobierno y las minorias tiene más de apariencia que de realidad. Y no podia ser de otra manera; seria ridículo prolongar mucho estos debates económicos, que ya tocan á su fin, y que han dado motivo para centenares de discursos capaces de fatigar al hacendista más apasionado.

Hay, pues, quien afirma que las Cortes permanecerán abiertas durante todo el mes de Marzo, pero lo dice con acento poco convencido. Verdad es que en las Cámaras hay buenes caloríferos, mullidos tapices, gran confort, y que en estos días de huracán irresistible, frios, antipáticos, saturados de pulmonías y de trancazo, en ninguna parte se está mejor que en el Congreso y en el Senado. Pero, no puede negarse que los ministros disponen de escaso tiempo para impulsar los trabajos de sus departamentos, y que se echa de menos la organización política inglesa, que encomienda á los subsecretarios la misión de discutir en el parlamento la gestión ministerial.

—

Romero Robledo está pronunciando ahora mismo un discurso censurando al Gobierno, y especialmente á Silvela, porque tolera la propaganda separatista del meeting de Lérida. Es cierto que esta cuestión catalanista vá resultando ya muy pesada y antipática, pero no puede combatirse esa funesta tendencia sin aquella prudencia y aquel tacto que demanda toda enfermedad social. Para llegar á la extrema violencia, hay necesidad de agotar todos los procedimientos legales de represión enérgica, pero serena. Si desgraciadamente se agotan, entonces no habrá ningún español que vacile en prestar á los gobiernos cuanta fuerza y prestigio necesiten para arrancar de raiz ese insensato movimiento de algunos malos hijos de España.

Y conste que me refiero á los que aspiran á constituir una nacionalidad independiente de la española, con las provincias catalanas.

Con gran elocuencia ha dicho Romero esta tarde, que el himno *Els segadors*, es un himno de odios, de rencores; el que cantaban en 1.640 cuando asesinaron al virrey Conde de Santa Coloma, el que en todo tiempo han entonado para desahogar su odio á los demás españoles.

¡Quiera Dios volver á la razón á esos pocos locos catalanes, que afrontan el desprecio de las gentes sensatas y nos deshonran ante los extranjeros!

—

Y á propósito de Romero. Se insiste en los círculos políticos, en que este hombre público figurará pronto en el partido conservador. Ya saben mis lectores que soy de los que vienen prestando crédito á esa noticia desde hace bastante tiempo.

X.

El pan de oro

(Cuento ruso)

Tenía cierta viuda una hija extremadamente hermosa. La madre era humilde y modesta; pero la hija Marienka era el mismo orgullo personificado.

De todas partes acudian los pretendientes y ninguno le convenia. Mientras más deseosos de agradarle se mostraban los galanes, más se hacía la desdeñosa la doncella.

Una noche que la pobre madre no dormia, cogió su rosario y se puso á rezar. Marienka estaba acostada en el mismo lecho y la madre contemplaba amorosa la belleza de su hija.

De pronto la niña se echó á reir dormida.

—¿Estará soñando?—pensó la madre.

Después se durmió, y á la mañana siguiente dijo á Marienka:

—¿Por qué te reias anoche mientras dormias?

—Porque soñaba que habia venido en busca mía en una carroza de cobre un caballero que me ponía en uno de mis dedos una sortija, cuya piedra brillaba como las estrellas. Y cuando entré en la iglesia, el pueblo no tenia ojos más que para la Virgen y para mí.

—¡Hija mía, hija mía, qué sueño tan orgulloso!—dijo la pobre madre agitando la cabeza.

Pero Marienka se alejó cantando.

Al día siguiente entró un carro en el patio de la casa. Un labrador acomodado iba á pedir á la niña el favor de que compartiese con él el pan del campesino.

El pretendiente gustaba á la madre; pero Marienka le rechazó, diciéndole:

—Aunque vinieses en una carroza de cobre y me regalases un anillo cuya piedra brillase como las estrellas, no te aceptaria por esposo.

Y el campesino se retiró maldiciendo del orgullo de Marienka.

A la noche siguiente notó la madre que su hija volvia á reirse en sueños, y al otro dia le preguntó:

—¿Qué sueño has tenido hoy?

—He soñado que venía á buscarme un caballero en un carro de plata y que me ofrecía una diadema de oro. Y cuando entré en la iglesia, el pueblo me miraba más que á la Virgen.

—¡Calla por Dios, hija mía! ¡Estás blasfemando! ¡Reza, reza para no caer en la tentación!

Pero Marienka echó á correr para no oir el sermón de su madre.

Aquel mismo día se presentó otro caballero á pedir la mano de Marienka, la cual le rechazó, diciéndole:

—Aunque hubieseis venido en carroza de plata á ofrecerme una diadema de oro, no aceptaría vuestras ofertas.

—Hija mía—le dijo la madre—el orgullo ha de conducirte al infierno.

La tercera noche volvió á reirse Marienka mientras dormía.

—¿Qué has soñado esta vez?—preguntóle la viuda.

—He soñado que un gran señor, seguido de numerosa comitiva, venía á pedirme en matrimonio. Iba en carroza de oro y me traia una falda de encaje del mismo metal. Y cuando entré en la iglesia, el pueblo me miró con asombro, no fijándose más que en mi persona.

La madre cruzó las manos y la hija se retiró presurosa para no escuchar un nuevo sermón.

Aquel mismo día entraron en el patio tres carruajes; uno de cobre, uno de plata y otro de oro: el primero tirado por dos caballos, el segundo por cuatro y el tercero por ocho, todos enjaezados de oro y de perlas.

De los dos primeros se apearon varios pajes, lujosamente vestidos, y del otro un caballero cubierto de oro de los pies á la cabeza.

Entró en la casa y poniendo en tierra la rodilla, pidió á la madre la mano de su hija.

—¿Ya se ha realizado mi sueño?—exclamó Marienka.—Ya véis, madre mía, que he tenido razón y que estábais equivocada.

Acto continuo cogió un ramo de flores que entregó al caballero como prenda de su fé. El desconocido, por su parte, le regaló un anillo cuya piedra brillaba como las estrellas, una diadema de oro y una falda de encaje del mismo metal.

La orgullosa doncella corrió á vestirse para la ceremonia, y la madre, en tanto, preguntó llena de inquietud al caballero:

—¿Qué pan ofrecéis á mi hija?

—En mi casa—contestó—el pan es de cobre, de plata y de oro. Marienka elegirá el que más sea de su agrado.

—No sé lo que eso significa—pensó la madre.

Volvió la doncella, hermosa como el sol, aceptó la mano de su prometido y se dirigió á la iglesia sin solicitar siquiera la bendición de su madre.

Cuando Marienka subió al carruaje, partió sin volver el rostro ni despedirse de la pobre viuda.

Corren al trote los ocho caballos hasta llegar á una enorme roca en la cual había un agujero, grande como la puerta de una ciudad.

Húndense los corceles en la obscuridad, estremécese la tierra y la roca tambalea y se derrumba.

La novia entonces se apodera de la mano de su esposo.

—No te alarmes, Marienka; pronto va á ser de día.

Agítanse de pronto mil antorchas; son los enanos de la montaña que con teas en las manos acuden á saludar á su señor, el rey de las minas.

Entonces supo Marienka quién era su esposo. Bueno ó malo, era tan rico que la recién casada aceptó gustosa su nueva fortuna.

Al salir de la obscuridad recorrieron inmensos bosques y atravesaron montañas que alzaban hasta el cielo sus cimas.

Todo era allí de plomo, árboles y rocas.

Al término de la selva extendíase una vasta pradera, cuyas yerbas eran de plata, y en el fondo de la cual había un castillo de oro incrustado de diamantes y otras piedras preciosas.

Allí se detuvo la comitiva, y el rey de las minas ofreció la mano á su esposa, diciéndole:

—¡Todo esto te pertenece, hermosa mía!

Marienka no salía de su asombro; pero tras tan largo viaje, tenía hambre.

Así es, que no pudo ocultar su satisfacción al ver que los enanos preparaban una mesa, en la que brillaba por todas partes el oro, el cristal y los diamantes.

Sirviéronse platos admirables, de esmeraldas y de oro en soberbia vagilla de plata.

Todos saborearon con deleite aquellos manjares, menos la desposada, que pidió á su marido un pedazo de pan.

—¡Traed pan de cobre!—dijo el rey de las minas.

Marienka no pudo comerlo.

—¡Traed pan de plata!

Tampoco quiso probarlo la jóven.

—¡Traed pan de oro!

Ni siquiera intentó Marienka acercarlo á sus labios.

—Hija mía—exclamó el rey de las minas—lo siento mucho; pero no hay aquí otra clase de pan.

Marienka comenzó á llorar y el marido se echó á reir á carcajadas. Su corazón era de metal, como sus dominios.

—Llora cuanto quieras—dijo el marido—pero te advierto que de nada ha de servirte tu llanto. Se han realizado tus ambiciones, y no tienes más remedio que comer el pan que has elegido.

De este modo permanece la rica Marienka en su castillo, muerta de hambre y buscando en vivo una raíz que aplaque el apetito que la devora.

Dios oyó sus votos para castigarla.

Tres veces al año, cuando la tierra se abre á la fecunda lluvia que el Señor le envía, vuelve Marienka á la tierra.

Vestida de harapos, pálida, desencajada, va mendigando de puerta en puerta, considerándose dichosa cuando le arrojan algún mendrugo y recibe de un miserable lo que le falta en su palacio de oro; la limosna del pan y el beneficio de la piedad.

EDUARDO LABOULAYE.